



▲ Fotografía de Giovanni Mora.
Título: Niña en la plaza de Bolívar. Año 2014.

Pandemia

¿Momento Para Cultivar Las Virtudes?

Diana Carolina Gutiérrez Valcárcel
Universidad Sergio Arboleda

Resumen

El siguiente trabajo tendrá como punto de referencia la reivindicación de la ética de la virtud aristotélica en la contemporaneidad como camino idóneo para extraer al individuo de la disincronía habitual en la cual está sumergido en la cotidianidad. Mediante una breve síntesis del tema principal (la ética de la virtud) se hace una comparación con el autoexplotarse y la atomización del tiempo, factores que reducen e impiden el fomento del cultivo de las virtudes. También, gracias a la quietud que proporciona la pandemia, se abordará cómo el ser humano puede retomar el argumento clásico para transformarse y, a raíz de esto, ayudar en su entorno. Gracias a la implementación de la ética, como se verá, el individuo virtuoso puede regular las ciudades. Cuanto más, dado que se trata de la disposición propia del término medio entre placeres y excesos, podrá proporcionar orden en el caos que trae consigo la dispersión temporal.

Palabras Clave: ética, virtudes, contemporaneidad, disincronía, reivindicación, hacer.

Abstract

The following work will have as a point of reference the vindication of the Aristotelian virtue ethics in contemporary times as an ideal way to extract the individual from the habitual dyssynchrony in which he is immersed in everyday life. Through a brief synthesis of the main theme (the ethics of virtue), a comparison is made with self-exploitation and the atomization of time, factors that reduce and prevent the promotion of the cultivation of virtues. Also, thanks to the stillness provided by the pandemic, it will be addressed how human beings can take up the classic argument to transform themselves and, as a result, help their environment. Thanks to the implementation of ethics, as will be seen, the virtuous individual can regulate cities. All the more, since it is the own disposition of the middle ground between pleasures and excesses, it will be able to provide order in the chaos that temporary dispersion brings.

Keywords: ethics, virtues, contemporaneity, dyssynchrony, vindication, doing.

¹ Integrante del semillero LED's del grupo LUMEN. Correo electrónico: diana.gutierrez01@correo.usa.edu.co

Introducción

En este momento podría pensarse que la ética de la virtud aristotélica no es un planteamiento válido dada su longevidad, la amplia diferencia en materia de avances a nivel científico y tecnológico, y el cambio de prioridades del individuo frente a su comunidad y frente a sí mismo. Es poco imaginable que esta ética aún tenga algo que aportar a la cotidianidad. Quizá en el momento de la historia que vivió Aristóteles la evaluación del entorno era más profunda y detenida, sin el sesgo de una época de apariencias y de una vida al borde de lo efímero, como sucede ahora. Dada la situación actual, caracterizada por la pandemia de la COVID 19, aflora la pregunta: ¿Es este un buen momento para que el hombre retome el discurso ético, tanto para reivindicar la acción en la medida en que se debe como un *hacer para* y no solamente como un *hacer por hacer*?

Esbozo de una Ética de las Virtudes

La Ética a Nicómaco puede considerarse un “manual” para el cultivo del yo y de la *polis*. El fundamento reside en que el conocimiento y el apetito del bien conduzca a la acción y no se quede en solo un saber informativo. Lo cual es posible en tanto que el hombre racional y político no solo capta saberes sino que, si se encuentra en la disposición adecuada, puede actuar por causa de lo aprendido.

Las acciones son necesarias para llegar al bien, que en el caso de la ética es el fin de aquellas, pero no cualquiera sino el bien último denominado εὐδαιμονία. A este respecto, su naturaleza propia permite inferir que el mismo se da como consecuencia de la obtención de fines subordinados, los cuales devienen en medios para llegar al bien último que les confiere su sentido pleno: “A diferencia de estos, medios para otra cosa, aquel fin que los comprende y que le confiere su orientación a la existencia humana, se persigue por sí mismo” (Sinnott, 2007).

De lo anterior sería ideal que toda acción del hombre llevara al bien final, que es completo y autárquico, mediante el cual ambas existencias, la individual y la comunitaria, están en armonía y sincronía. Desde esta concepción, la regulación en las ciudades no se da gracias a un factor externo al hombre, como los gobiernos, sino que quién regula la *polis* es el individuo: este, al ser virtuoso en todo lo que le permite su naturaleza, lo va a ser no solo para sí sino también para la comunidad.

Ahora bien, señala el estagirita que “El bien del hombre es una actividad del alma de acuerdo con la virtud” (Aristóteles, 1985, p.17), por extensión, no hay que entender que el hombre deba estar siempre en constante actividad. Y dado que no toda acción está fundamentada en la virtud y dada la existencia de los placeres, en alguna medida, factores que desvían al hombre de su camino, solamente el hombre virtuoso sabrá cómo, cuándo y en qué medida obrar sobre lo que es materia de deliberación.

Para entender lo anterior se hace necesaria una explicación sobre las virtudes, las cuales se dividen en morales e intelectuales. Las primeras caracterizan la vida activa, mientras que las otras hacen lo propio con relación a la vida contemplativa. Aún más, las primeras son más eficaces y gracias a ellas se da el uso de la operación recta, en tanto que las segundas son más perfectas. Si bien no basta con solo tenerlas, pues deben ir acompañadas de “un buen uso” que es proporcionado por la voluntad (reforzada por el ejercicio de las virtudes morales). A pesar de esta división se puede evidenciar que, aunque parecen independientes, no obstante, la virtud moral perecería sin las virtudes del intelecto y la prudencia. De cierta manera se complementan las unas con las otras.

Un punto importante para reseñar es el hecho de que las virtudes son una disposición que de cierta manera el hombre debe tener. Sin estas sería imposible que el hombre se cultivase, aún más, si adicionalmente debe estar dispuesto a sacrificar ciertas cosas, como es el caso de algunos placeres y excesos, puesto que el florecer propio de las virtudes implica ser un término medio con

relación a ambos. De aquí la necesaria unión de las virtudes. Es preciso que el criterio del placer no se anteponga y que se proporcione la participación de la recta razón. Esta última, y por medio de la virtud de la prudencia, permite una recta deliberación sobre lo posible. De manera que “La prudencia, entonces, es por necesidad un modo de ser racional, verdadero y práctico, respecto de lo que es bueno para el hombre” (Aristóteles, 1985, 1140b).

Prudencia y Sabiduría en Clave de Vida Activa y Contemplativa

Teniendo en cuenta lo anterior se puede ahondar en la relación entre prudencia y sabiduría. De la primera ya hemos hecho mención. No así de la segunda. Para Aristóteles “la sabiduría es ciencia e intelecto de lo más honorable por naturaleza” (EN 1141b-5). De modo que, sabio es aquel que posee la verdad de los principios y, además de eso, conoce las consecuencias que se siguen de ellos. Con todo, ser sabio no es ser prudente. Hay que hacer énfasis en esto porque sabiduría y prudencia no son lo mismo. Y aun así la prudencia se vale de la sabiduría para alcanzar su propio fin. Y al mismo tiempo, “La realización de esta actividad teórica exige sin duda un cierto equilibrio armonioso del alma que solamente pueden asegurar las virtudes morales” (Naval, 1995, p. 255).

Lo dicho anteriormente es importante para que pueda concebirse la vigencia del planteamiento aristotélico en la actualidad. Debido a que por la prudencia (en ella contenida la sabiduría) el hombre cumple con sus obligaciones para consigo mismo, su familia, su país, y la humanidad. Es el caso del hombre virtuoso (*spoudaios*), que va a procurar tender siempre al bien para sí y para los otros. En este caso, el individuo está en la disposición del constante cultivar que debería darse de manera análoga en la actualidad en términos tanto de vida activa, como de contemplativa, porque estos hábitos que son las virtudes, a fin de cuentas, ayudan a aquel constante cultivo del ser. Sin embargo, para esto se necesita de tiempo, de una pausa en un mundo en constante cambio y progreso, en el que se pueda pensar no solo en el futuro sino en el ahora, porque una de las consecuencias de la inmediatez es, precisamente, la falta de opción para la posibilidad del cultivo.

Podría ser notorio cierto olvido sobre los aspectos anteriores en la actualidad, debido a que es claro que el hombre ha evolucionado y cambiado su forma de habitar-se y habitar el mundo. De igual manera, habiendo transformado las necesidades, se encuentra atado a cosas que piensa necesarias o al mero ocio, pero se ha olvidado de sí mismo y de su fin, pues está cada vez más lejos de alcanzarlo por haber cambiado y haberse sometido a la lógica de lo efímero y de la rapidez. En palabras del filósofo surcoreano, Byung-Chul Han (2015), “La mayor felicidad brota del demorarse contemplativo en la belleza, antiguamente llamada *theoria*” (p. 81). Aquí vale preguntarse: ¿está el hombre contemporáneo dispuesto a abandonar la inmediatez, a frenar y a reencontrarse con el camino a la felicidad?

Ética de las Virtudes y Contemporaneidad

Es necesario hacer un paralelo entre lo que se concluye de la ética y lo que pasa en la contemporaneidad. En la primera se busca aquel cultivo que se da gracias a la disposición del individuo de no ir en contra de su naturaleza. Por otro lado, lo que pasa en la contemporaneidad es lo contrario: la hegemonía de la autoexplotación. Como lo expresa Han (2018): “Se vive con la angustia de no hacer siempre todo lo que se puede, y si no se triunfa, es culpa propia”. Angustia de la cual se desprende una subjetividad desarraigada, gracias a la cual el hombre contemporáneo no puede estar en el mundo sin hacer, lo que conlleva al fenómeno del explotarse a sí mismo. Autoexplotación que se explica por la condición humana en el mundo y también por el anhelo de alcanzar una autenticidad, la cual no conlleva a nada positivo sino a la eficaz pero infértil competencia, no solo con el otro sino consigo mismo para ser “su mejor versión”.

Para Byung-Chul Han, en este momento no se debe hablar sobre aceleración sino sobre la dispersión temporal dentro de la cual existen diversos “síntomas”, uno de ellos es la disincronía que se da debido a la atomización del tiempo, al cambio de prioridades y a la falta de orden: “La dispersión temporal no permite experimentar ningún tipo de duración. No hay nada que rija el tiempo” (Han, 2015). En cuanto a lo anterior, se debe recalcar que el hombre de hoy ha deconstruido su función en el mundo y realiza las cosas porque sí, sin más, ya que todo lo que hace lo hace en pro de la utilidad, existiendo así una distorsión y ruptura entre lo que plantea la ética aristotélica —que el individuo sea regulador de la propia actividad política— y el ahora, en el que hay un total descontrol del tiempo.

Es por esto que se hace necesario un alto, no uno definitivo sino parcial, como parece insinuar la figura del “barbecho”, para que el hombre en medio de su descanso y su ajetreo se instruya, se disponga a volver al camino de la virtud, se regenere, y dé el paso para actuar con base a lo aprendido, especialmente, en el marco de la pausa necesaria que va a dar frutos positivos para el cambio de sí y de su comunidad. Aunque en la contemporaneidad el querer ser distinto tienda siempre a convertirse en lo mismo, como pasar de una ideología a otra, posiblemente el hecho de reivindicar la ética de la virtud propicie no sólo el salir de ese círculo vicioso de momentos efímeros y no cambiantes, sino que también traiga consigo orden y también el cultivo de la virtud y su duración en el tiempo.

Hacer Para y Hacer por Hacer

No se puede llegar a una conclusión sin hacer una separación entre un hacer para y un hacer por hacer, ya que es también un paralelo de la ética de las virtudes y lo que sucede en la contemporaneidad. Es importante rescatar que un hacer para es cuando la actividad que se realiza va en miras a un fin en sí mismo, ergo está dotada de sentido, como es el caso de la ética de las virtudes, puesto que el fin es alcanzar el bien último: la εὐδαιμονία. Este “hacer” tristemente se refleja desdibujado en la contemporaneidad, ya que no se encuentra dirigido a un fin, lo que conlleva a dejarse manejar por la lógica de la producción. En otras palabras: aquello que “guía” al individuo en su cotidianidad pero que al tiempo lo sumerge en la repetición.

Acción y Producción

Tanto producción y acción se denominan actividades prácticas provenientes del hombre, y podrían verse muy similares; sin embargo, aunque existe una relación no son iguales en su definición y ejecución. Por un lado, en la producción el fin es algo externo; el producto en la acción, por otro lado, es inmanente a esta. “La producción es medio; la acción es ella misma el fin y, por eso, no hay en ella ‘producto’ o resultado” (Bastons, 2003). Teniendo en cuenta lo anterior, si el hombre se dejase llevar por la lógica del producir, caería en un ciclo mediante el cual le sería imposible alcanzar un fin dotado de sentido. Es decir, en un hacer por hacer en el que no participaría de una actividad inmanente sino que estaría volcado a adquirir bienes. Un destino que lo dejaría a mitad de camino.

Conclusión

En conclusión, la ética aristotélica debe aparecer como la reivindicación y posible solución a la distorsión temporal. Por otro lado, la pandemia es un espacio que ha frenado al individuo del hacer por el hacer y lo ha puesto a cuestionarse sobre su lugar en el mundo. Es el mejor ambiente para propiciar el cultivo planteado en la ética y aceptar la invitación de actuar con miras a un fin. Además, se da una vigencia de la ética aristotélica que, tanto teórica como prácticamente, puede ser utilizada para salir de la autoexplotación, la disincronía y reencontrarse con el camino hacia la felicidad. Un reencuentro con esta ética puede servir como guía para darle un nuevo sentido al

existir. Se puede hacer de la pandemia el momento perfecto para la reivindicación del planeamiento clásico, puesto que el estar en casa permite que en el silencio se pueda escuchar y pensar en todo aquello que se estaba pasando por alto.

Referencias

- Aristóteles. (1985). *Ética a Nicómaco*. Gredos.
- Bastons, M. (2003). Movimiento, Operación, Acción y Producción. *Revista Studia Poliana de la Universidad de Navarra*. Edición nº 6. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4048991>
- Geli, C. (7 de febrero de 2018). Ahora uno se explota a sí mismo y cree que está realizándose. *EL PAÍS*. https://elpais.com/cultura/2018/02/07/actualidad/1517989873_086219.html
- Han, B.-C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.
- Naval, C. (1995). *Educación ciudadana. La polémica liberal-comunitarista en educación*. Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA).
- Sinnott, E. (2007). *Introducción Ética Nicomaquea*. Colihue.

